

Aquel llanto rompía como un torrente
Sin cauce, sin orillas, é inundaba
Su pálido semblante transparente
En que el dolor con la alegría luchaba,
Cual fuerte atleta; y esa lid ardiente
Tanto la fuerza de ambos menoscaba,
Tanto el dolor sus músculos enerva,
Que rendidos desplómanse en la hierba.

De su culpa jamás tanto sintieron
El peso enorme como en ese día
En que las armas del amor midieron
Con que un Dios en tal modo perseguía
A los que el yugo de su amor rompieron:
Pero al fin en su pecho la alegría,
Pudo de su contrario desligarse,
Y de fibras y arterias adueñarse.

El antiguo Silencio y la Tristeza
Reclamar ya no pueden su derecho:
Ambos, atrás volviendo la cabeza,
Fruncido el entrecejo, y con despecho
Mirando resbalárseles su presa;
Asidos de la mano en nudo estrecho,
Por la suave pendiente de un ribazo
Ya se van deslizano paso á paso.





CANTO III.

EN las regiones del eterno llanto
Y del eterno rechinar de dientes,
El asombro domina y el espanto;
Aquellas voces más y más crecientes
Entre vivos aplausos, aquel canto,
Himno de eterno triunfo, en las ardientes
Concavidades vibra y las agita,
Y se estremece el Erebo y se irrita.

Sus sólidas murallas inflamadas,
Más gruesas que los altos Apeninos,
Se levantan enhiestas, almenadas
En medio de sulfúreos torbellinos,
No lejos de esas playas bienhadadas
Que ya miran cumplirse sus destinos:
Ese choque del llanto y la alegría
En suspensión al Tártaro tenía.

El cornudo monarca, el gran tirano
De la humana familia, pensativo
Está sobre un peñón; exprime en vano
Todo su pensamiento fugitivo
Mientras su frente apóyase en la mano;
Es su cabeza un cáos, volcán activo
Que en pedazos vomita las entrañas
Con sacudidas hórridas y extrañas.

Negro tropel de ideas lo tortura
Desde el instante en que con recio estruendo,
Y esa eterna prisión, en gran ruptura
La bóveda rompióse, paso abriendo
A un haz brillante de una lumbre pura
Que á su reino arrancó gemido horrendo,
Y aun parecióle oír una voz fuerte
Retar á los dominios de la muerte.

Desde entonces, insólitos temores
Todo su ser agitan y sacuden
Entre ávidos cuidados roedores;
Presagios funestísimos le acuden
Que en amenazas truécense y furores;
Tanto se abate, que ya teme duden
De los bríos de su espíritu arrogante
Sus vasallos al verle vacilante.

Mas de sí mismo luego confundido
Al roce de esa duda, de repente
Se levanta convulso, ennegrecido,
Crispado de furor; quiere altamente
Blasonar de su brazo no vencido,
Y de su antiguo cetro umbripotente;
Y enormísimas rocas aferrando,
Las va de sus cimientos arrancando,

Y arrójalas con hórrida pujanza
En fuerte remolino hacia la esfera
Como un reto terrible de venganza;
Y al caer esas masas que no espera
Aquel ardiente oceano, semejanza
De un inmenso crisol, muge y se altera,
Y en círculos su oleaje multiplica,
Y hasta las negras bóvedas salpica.

Por fin, tras larga brega determina
Convocar una insólita asamblea,
Y así á tiempo impedir la grave ruina
De su reino que siente bambolea,
Y tal vez al ocaso ya declina.
De un heraldo la voz estentorea
Resuena en esos tenebrosos huecos,
Y la repiten trémulos los ecos.

De majestad terrífica y austera
Ceñido Satanás, sobre alta roca
En ígneo trono, ya impaciente espera
Se reuna el consejo que él convoca;
Y miéntras taciturno delibera
Lo que en tropel abortará su boca,
Y cómo enseñará sus fieras huestes
Las iras á afrontar de los celestes.

Ya á su diestra y siniestra en grandes alas
Se alistan sus falanges aguerridas,
Que van poblando las tartáreas salas;
Y en escuadras por orden compartidas
Según divisas y marciales galas,
Esperan todas, de estupor vencidas,
En submisiva actitud y grande acato
Del caudillo feroz cualquier mandato.

Allí están los que pueblan las orillas
De la implacable Estige, negra fuente
Del odio sempiterno y las rencillas;
Los que beben las aguas del doliente
Aqueronte de arenas amarillas,
Cuya onda murmura eternamente
Roncos ayes, horrisonos gemidos
Y risas de dolor entre alaridos,

Cuya lenta corriente se entrelaza
Con el triste Cocito gemebundo
Que la esperanza sin cesar rechaza
Con su fétido aliento nauseabundo;
Y aquellas playas que inflamado abrasa
El ígneo Flegetonte, el iracundo,
Réunen allí también sus habitantes,
A tostados etíopes semejantes.

Todos en derredor se han alistado
Bajo la negra enseña tremolante
Que ya Moloc sostiene, agigantado
Signífero de Averno, quien delante
Del trono imperial se ha colocado:
El negro pueblo espera ya anhelante
Que la sesión extraordinaria se abra,
Y esta de Lucifer fué la palabra:

“Tartáreos dioses que en aciago día,
Desde el inmenso empíreo esplendoroso,
Fuisteis lanzados á esta noche umbría
Por la envidia de un Déspota celoso.
No pudo, es cierto, nuestra valentía
Resistir á su rayo fragoroso;
Rodamos todos al profundo Averno:
Mas vencidos, triunfamos del Eterno.

“En las altas olímpicas regiones
Él quedó gobernando á sus antojos,
Recibiendo el incienso y ovaciones
De una turba venal que está de hinojos
Siempre bajo sus altos pabellones,
Donde cuelgan aún nuestros despojos:
Mas nosotros su yugo sacudimos,
Esas cadenas con desdén rompimos.

“Emulos desde entonces y rivales
Nos constituimos del Eterno; acecha
Él nuestros pasos todos, desiguales
Combates libra; y cuando cree que estrecha
Por fin de nuestro imperio los umbrales;
Entonces se abren nuestras armas brecha,
Traspasan esta noche; ¡el orbe entero
Es nuestra presa! otro botín no quiero.

“¿Para qué recordar nuestras victorias
Desde que el hombre sucumbió vencido?
¿Quién podrá reseñar todas las glorias
Conque hemos nuestro nombre engrandecido?
¡Del orbe huyó Jehová! ni las memorias
Quedan allí de un reino ya extinguido:
Sólo mi cetro sin rival impera
Por los ámbitos vastos de la esfera.

“Islas y continentes, y aun los mares
Son nuestro vasto templo, donde humean
En ritos mil innúmeros altares
Que de ofrendas y votos alardean,
Y víctimas reciben á millares,
Y aun la sangre del hombre saborean;
Mientras Él de su antiguo poderío
No guarda ya ni un ángulo sombrío.

“Pero un reino tan vasto y poderoso
De algún trastorno no ha de estar exento:
Así el inmenso piélago espumoso
Suele sentir el huracán violento
Que sacude su sueño perezoso;
Así también ahora yo presiento
Que nuestra larga paz, nunca turbada,
Quizá por fuerza extraña está amagada.

“¡Observado ya habéis ciertas señales!...
Los gritos de una insólita alegría
Acaban de llegar á nuestros reales
Como lúbricas voces de una orgía,
O clamor de nocturnos bacanales.
Nadie este enigma descifrar podría:
Ignoro yo qué pueblos ó naciones
Habitan esas lúgubres regiones.

“Mas os puedo afirmar (porque he escalad^o
A veces los torreones de estos muros,
Y esas vecinas playas he atisbado)
Que el día conserva allí tintes oscuros,
Y que un pueblo cautivo está marcado
De antigua culpa con los rasgos duros,
Le he visto sumergido en gran quebranto,
Y regar esos prados con el llanto.

“En vana discusión yo no me empeño:
Hoy por la vez primera se franquea
La puerta al libre parecer; es dueño
De explicar cada quien en la asamblea
Lo que hoy nos hace encapotar el ceño;
Pues si es tiempo de entrar en la pelea,
No debemos con ánimos contrarios
Esperar los antiguos adversarios.

“Só'o os mando que nunca vuestra frente
Se humille ante el tirano que os oprime,
Aunque descienda el mismo Omnipotente
Armado de ese rayo que Él esgrime:
El pendón sostened heroicamente
Que de vil servidumbre nos exime;
Y aunque todo perdiérase en la guerra,
No le cedáis ni un palmo de la tierra.”

Mientras hablaba así, recrudescían
Las cicatrices de su frente ahumada
Por el rayo, y de rojo se teñían;
La palabra en sus labios quedó ahogada
Por los feroces ímpetus que henchían
Su pecho y su garganta embarazada;
Y ya impotente por el negro encono,
Trémulo desplomóse sobre el trono.

Ante aquella actitud aterradora
Todos en derredor se estremecieron:
Más luego una alta voz atronadora
Se oye, y á un tiempo levantarse vieron
Figura colosal que el Orco adora,
A quien todos los ojos se volvieron;
El fiero Adramelec, vasto gigante
Se erguía adusto con gesto amenazante.

¡Rival eterno de Luzbel! La envidia
Cual áspid anidaba en sus entrañas,
Y junta con la astucia y la perfidia,
Le brindaba las artes y las mañas
Del que en su afán con imposibles lidia,
Para ofuscar la gloria, las hazañas
De quien alzó primero el estandarte
De rebelión sobre el azul baluarte.

En su eterna ilusión el alto mando,
Y á su émulo destruir, si fuera dable,
Y quedarse en las sombras dominando;
Y hora que ve al tirano abominable
Las noctívagas huestes alistando,
Creyó que el sino le invitaba amable
A iniciar nueva lid contra el Eterno,
Azuzando á los jefes del Averno.

Era su voz hirviente catarata
Que de altísima cumbre se despeña,
Era el ronco huracán que se desata
De la prisión que su furor domeña:
Nadie como él las turbas arrebatá,
Y tremolando militar enseña,
Convocaba del reino las legiones,
A seguir en la lucha sus pendones.

Ya todo el pueblo parecía alarmarse
Al sonido feroz de hórrida trompa,
Y relinchos fogosos escucharse,
Y, desfilando la ordenada pompa,
En reedor de sus jefes alistarse:
Pero antes que el tumulto estalle y rompa,
Como un Atlas, Belial se ha levantado,
Y hondo silencio al Erebo ha intimado.

Semejaba un varón adusto y grave
A quien la patria sus cuidados fía,
Y dominar las muchedumbres sabe;
Siempre Luzbel con atención le oía
(Pues su voz era majestuosa y suave)
Y cual otro fiel Nestor le tenía;
Y queriendo él poner una barrera
A aquel tumulto, habló de esta manera:

“¡Ni un paso hacia adelante! No se muevan
Las armas de este reino poderoso
Si á la prudencia como guía no llevan;
No es tiempo de un conflicto belicoso
Aunque amenazas de Jehová nos lluevan,
Y Él mismo nos provoque malicioso;
Despreciar el poder del adversario
Al renombre de Averno es necesario.

“Si en hostil actitud Él nos hallara
Aprestando á la lid nuestros campeones,
Otra vez de nosotros se mofara
Viendo de nuevo ondear nuestros morriones,
Y aun los querubes á la guerra armara
Para ostentar sus muchos batallones:
Nosotros del tirano triunfaremos
Sin que un dardo siquiera disparemos.

“Un nuevo plan de ataque ya ha fraguado,
(Si es que una antigua tradición no miente
Que todo un pueblo crédulo ha guardado)
El que suele llamarse *omnipotente*
Para reconquistar su sepultado
Reino entre ruinas, y á la humana gente,
Raza que Él mismo hizo surgir del lodo
Ennoblecera en admirable modo;

“Pues, según fama, Él enviará del cielo
Un gran libertador, raza divina,
Que ha de trocar en júbilo el gran duelo,
En que hoy gime esa estirpe tan mezquina,
Arrastrándose apenas por el suelo;
Este reparará la grande ruina
Que al reino antiguo de Jehová ha causado
Enemigo *vencido, derribado.*

“¡Muy arrogante plan! ¡ideal grandioso!
Nuevo campo tendremos de pelea;
Un trofeo más alto, más glorioso
Nuestro astuto adversario alzarse vea.
Del hombre él se ha dolido bondadoso,
Y por librarlo lucha y forcejea,
E ignora que un ser tan miserable
Su enemigo tendrá más implacable.

“Nosotros á pelear lo enseñaremos:
Hiel amarga de tigre y de pantera,
En las fibras de su alma infundiremos,
Y el tósigo del áspid por doquiera
En sus venas arterias filtraremos;
Y adiestrado será de tal manera,
Que mientras más amor Dios le prodigue,
El más tenaz y pérfido le hostigue.

“¿No os parece este triunfo culminante?
¡Oh cómo ilustrará nuestros blasones!
Ya no temáis el rayo fulminante,
Ni armados infinitos escuadrones,
Ni del Eterno el carro resonante:
¡Los vencidos serán nuestros campeones!
Y ceñirán al Erebo de gloria
Con el nimbo de insólita victoria.”

Cerró Belial su arenga. Suspendido
Todo el pueblo admiraba su elocuencia,
Que nunca esa expansión había tenido,
Ni dudó la tartárea concurrencia
Que ese genio sin par había reunido
Las dotes de estratégica prudencia.
En esto Belfegor, más animoso
Se puso en pié con gesto desdeñoso.

Creyérase un gran buitre carnicero
Que, abierto de alas, sobre un risco espía
Que un su diestro gallardo compañero
Hunda sus garras en la res bravía
Acosada entre el monte y el otero;
Hasta que al fin, tras pertinaz porfía
La desarmó y venció, y él sin tardanza,
Al botín, rapidísimo se lanza.

Así escuchaba Belfegor atento
De Belial la elocución grandiosa,
Esperando con ansias el momento
De hacer lucir su erudición pomposa,
Y él también disertar con grave acento,
Y enredar esa trama artificiosa
Para robar á su rival la gloria;
Y así él dijo confiado en su memoria:

“¡Próceres y magnates de la Estige!
¡Hijos mimados de la noche oscura!
Ese grandioso plan aún exige
Que se estudie con juicio y gran cordura,
Y sobre bases sólidas se fije
Para que sea su ejecución madura;
Quizá podáis, oyendo mis razones
Linde marcar á inútiles cuestiones.

“Yo conozco los reinos y ciudades
De la mansión terrestre; y bien pudiera,
Repasando en mi mente las edades
Que al orbe han arrastrado en su carrera,
Precisar, sin temor de ambigüedades,
Lo que en tal tiempo y sitio sucediera:
Pues yo enteras naciones he formado,
Y otras aun de la historia he borrado.

“Y es también para mí muy conocida
Esa tierra tan fértil y lozana
Y que antes se llamó la *Prometida*,
Donde mora una entera raza humana
Al vano culto de Jehová rendida,
Y alucinada por promesa vana:
Muchas veces, no obstante, allí me plugo
Nuestra ley imponer con férreo yugo.

“Guarda este pueblo la tenaz promesa
De ese libertador que en vano atiende
Siglo tras siglo con igual firmeza,
Y contra todo embate la defiende.
Sólo esa tan antigua fortaleza
Nunca pude expugnar, aunque se extiende
También á aquel país nuestro dominio,
Sentado sobre ruina y exterminio.